

¡Recochotais!—dijo trónicamente el muñequito.

Pero Lapicerín, repuesto ya del susto que le proporciónara el esqueleto, no se resignaba a dejar insatisfecha su curiosidad. Y así, aún revolvió algunos papeles. Uno de ellos le llamó la atención. Era un plano medido borrado por la acción del tiempo, pero en el que todavía podían leerse estas palabras:

ANDANZAS DE LAPICERIN

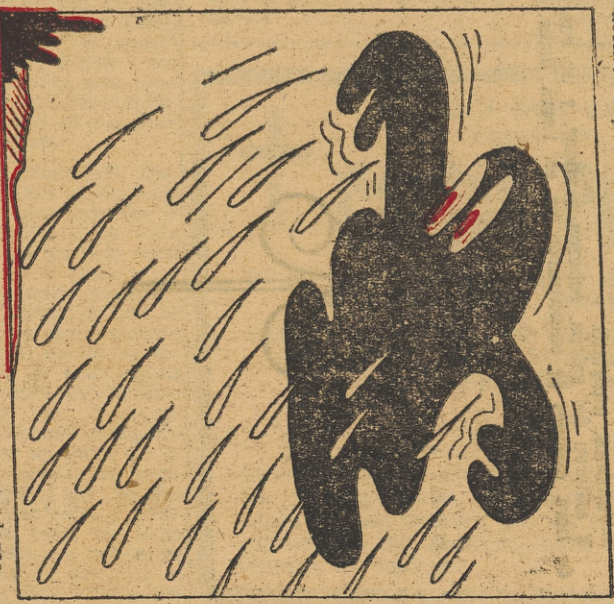


BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

...encontró un plano...

aron limpiamente, quedando pendientes del palo como dos monos colgados de las ramas de un árbol.

El descenso fue fácil: les bastó deslizarse a lo largo del palo, y se dejaron caer sobre la cubierta de la nave, que por todos los indicios parecía tratarse de un barco pirata, hundido como merecido castigo a las múltiples fechorías de sus tripulantes. Allí estaba para afirmarse



...Unas nubes negras, que se ceñían amenazadoras...
—¡Caramba, caramba! ¿El lesoro de un pirata? Esto es muy bueno.

EMPLAZAMIENTO DE LA CUEVA DEL TESORO
Y más abajo, en el ángulo inferior derecho, una firma trazada por una mano torpe e insegura, que decía: Capitán Ka-Charro.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»



ANDANZAS DE LAPICERIN

manas más, me hubieras encontrado en este sitio. Sigue-me, ¡E!, pi, pi, pi!...
Y sin esperar respuesta alguna, el pájaro tendió su vuelo tierra adentro.

...Caminaban sin decir palabra...

Pitipam, pitipam... Lapicerín y el enanillo anduvieron en la dirección que seguiera el pájaro, y así llegaron a un paraje de exuberante vegetación, en la



—Mamá, ¿para qué eran los huevos que me mandaste comprar?
—Para hacer una tortilla.
—¡Ah! Entonces no importa. Pero que me caí y se rompieron.

(Remitido por Francisco Monchofi, 13 años, Valencia).

Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTTA

(Continuación)

forzó por evitar que su rival le cogiera por el cuerpo. En esta disposición, los combatientes rodaron de aquí para allá, sobre la nieve, procurando el uno desahucarse y el otro no soltarse. Pero Marchal era el más fuerte y logró acercarse al precipicio a su adversario, como comprendió, gracias a ese instintivo misterioso del peligro, innato en el hombre, la inminencia del peligro.

—¡Socorro! —gritó loco de terror.

—No te oye nadie —repuso Marchal, implacable, inclinándose hacia el aplicante vencido.

La última fase de la lucha comenzó con mayor violencia y salvajismo que antes.

La desesperación prestaba a Bonnard una energía sobrehumana; parecía haber arraigado en el ventisquero. Pero, decididamente, Marchal era el dueño de la situación; levantó a su rival de un manotazo y lo empujó hacia el abismo.

—Ve a reunirse con la máquina —gritó desahogado.

Una voz llena de angustia resonó entonces en el ventisquero, despertando los ecos acústicos; después se oyó el ruido de una caída vertiginosa, rumor de piedras que rodaban, de hielos rotos, que dominaban el estrecho de la cascada. Marchal, rendido por la fatiga, se arrastró muy lentamente hacia el orificio del precipicio.

Vio, con el cabello erizado, que su enemigo caía de roca en roca, agarrándose a todo, mientras que en torno suyo se desgajaban con un gran estrépito bloques enteros de hielo y de granito.

Por fin, desapareció el vencido.

Entonces se puso en pie Marchal; tenía pálido el rostro y temblaba horriblemente.

Después, con los oídos llenos aún por los espantosos aullidos de la víctima, se lanzó hacia el acropiano.

Pierre Bonnard había caído en el fondo del abismo por el mismo camino que había seguido su acropiano.

Durante la espantosa caída no perdió ni un instante el conocimiento.

Con la mirada, buscaba avidamente algún obstáculo que pudiera detener su vertiginoso descendimiento.

Con las manos crispadas procuraba agarrarse al ventisquero.

De pronto rebotó en una saliente del terreno, que le permitió ver su tumba.

La superficie lisa y reluciente estaba a punto de terminar. El torrente aparecía en el fondo del precipicio; el aviador vio salir entre la espuma de las aguas las alas de su acropiano.

De repente, desapareció esta visión. Bajo la última pendiente con la rapidez con que el milano se arroja sobre su presa. El viento le azotó en la cara y le dio el vértigo. Iba a desvanecerse, cuando de pronto una violenta sacudida le hizo volver en sí.

Abrió los ojos y quedó inmóvil. Si se hallaba detenido casi al borde del abismo, gracias a una roca saliente.

Al pronto no quiso creer en su buena suerte; pero no tardó en darse cuenta de lo que había pasado.

—He sufrido una caída peligrosa y nada más —murmuró para sí, y procuró levantarse.

Una vez en pie, con los huesos y carne martirizados, dirigió una mirada a su alrededor.

Un ruidoso tal-tal, que dominaba el rumor del agua, llamó su atención hacia el cielo, y vio un acropiano, quizá el de su mortal enemigo, que pasaba a toda velocidad.

Levantó el puño hacia un signo de amenaza.

—¡Ya nos encontraremos! —murmuró— ¡Ya nos encontramos Marchal!

—¡Lecciones! —pensó— ¡Hay una Providencia para los aviadores!

Avanzó prurientemente a lo largo del torrente, y llegó así junto a lugar donde yacía su acropiano.

A cien pies de donde se hallaba él, entre las limpiadas aguas, vio su aparato que descansaba en una mole de hielo; las cuerdas se habían enganachado en las picudas rocas, y así se había evitado que el acropiano cayese más abajo, en otra cima más profunda, donde se estrechaba la alpina torrencial.

Bonnard se detuvo unos momentos para contemplar el aparato.

¿Podría desembarazarlo y reanudar el vuelo? ¿Imprescible! Sin duda el acropiano, al caer, habría sufrido tremendas averías, difíciles de reparar.

De roca en roca y haciendo grandes e inauditos esfuerzos, descendió hasta el aparato. Como por milagro pudo desembarazarlo y conducirlo hasta la superficie del glaciar.

LABERINTO. — El músico ha dejado muy lejos su trombón y tiene prisa en incorporarse a su banda. ¿Por dónde irá más pronto a recogerlo?



LABERINTO. — El músico ha dejado muy lejos su trombón y tiene prisa en incorporarse a su banda. ¿Por dónde irá más pronto a recogerlo?

(Continuará.)

REVOLTILO infantil

Maestro: —¿De dónde se saca la lana? —De la lancha.

El alumno: —De la lancha.

Maestro: —¿Para qué sirve? —No sé, señor.

El alumno: —¿De qué está hecho tu traje? —De uno viejo de papá!

Azucena Cervantes
12 años—Valencia

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un maestro? —Dar lección a un burro.

José M. Navarrete
14 años

—¿Cuál es el colmo de un futbolista? —Jugar a fútbol con la boia del Mundo.

José M. Navarrete
14 años

—¿Cuál es el colmo de un peluquero? —Cortarle el pelo a un calvo.

José M. Navarrete
14 años

—¿Cuál es el colmo de un capitán? —Formar a un batallón en soldados de plomo.

Antonio Pallás
12 años—Valencia

—¿Cuál es el colmo de un carbonero? —Hacer carbón de los pelos que le dan a su hijo en la escuela por no ser aplicado.

Jesús del Pozo
11 años—Benimámet

—¿Cuál es el colmo de un jardinero? —Regarse las plantas de los pies para ver si le crecen.

Antonio Riera
12 años—Valencia

—¿Cuál es el colmo de la ferocidad de un maquinista? —Llegar a León.

Antonio Riera
12 años—Valencia

—¿Cuál es el colmo de una niñera? —Dormir a las niñas de sus ojos.

Pepito Balaguer
13 años—Valencia

—¿Cuál es el colmo de un peluquero? —Cortarle el rabo a una rata.

Antonio Peinado
9 años—Valencia

¿Qué le dijo?...

Alta estoy.
Alta me veo.
Coronita de rey llevo.
De mis tripas comenás, Pero de mí coronita no pro-
sastre?
—¿Qué le dijo el cliente al
—Le encarrulé un traje y me
cuenta a a ebrigo.
Jesús del Pozo
11 años—Benimámet

ADIVINANZA

Alta estoy.
Alta me veo.
Coronita de rey llevo.
De mis tripas comenás, Pero de mí coronita no pro-
sastre?
—¿Qué le dijo el cliente al
—Le encarrulé un traje y me
cuenta a a ebrigo.
Jesús del Pozo
11 años—Benimámet

EL PROTEGIDO DE LA MUERTE

Esta vez era un leñador que no tenía ni un ovejero y las pocas que tenía...

Hacia uno o dos viajes al bosque en busca de leña. La vendía cuando encontraba com- prador a muy poco precio...

En viendo tan elegante ex- traño que pidió que quien ma, y le preguntó que quien era...

—¿Quién sois para así ecli- minar? —Le preguntó nuestro leñador...

llos con los cuales la Fortuna había sido prodiga. Nunca pi- dió un solo dinero al pobre...

—¿De qué me habías? Como fal- taría sólo dinero, porque en- cuando a lo demás, no puedo quejarme...

—Ahora dileteo correspondier- te con creces, querido. Pide lo que gustes...

—Pero nuestro leñador no qui- so creer que la Muerte habia- ra en serio, y dijo que no se atrevía a pedir nada...



...su lamparilla estaba próxima a extinguirse...

Al llegar encontré con la Parca, que la aguardaba. Cuan- do le vio salió al encuentro...

—¿Vas esa escala que tiene diez metros? Pues se ha caído de ella un muchacho y no se ha hecho nada...

—¿Vas esa escala que tiene diez metros? Pues se ha caído de ella un muchacho...

—¿Vas esa escala que tiene diez metros? Pues se ha caído de ella un muchacho...

EL PROTEGIDO DE LA MUERTE

(Viene de la pág. anterior) enfermizo y quedó como per- trinado de estúpido en la mis- ma muerte...

—¿Vas esa escala que tiene diez metros? Pues se ha caído de ella un muchacho...

—¿Vas esa escala que tiene diez metros? Pues se ha caído de ella un muchacho...

—¿Vas esa escala que tiene diez metros? Pues se ha caído de ella un muchacho...

Amiguitos de EL PEQUE

- 82. Fernando García.
83. Conchita Martínez.
84. Pedro Lopez.
85. Adolfo Ruiz.
86. Alberto París.
87. Encarnita Pascual, del Caballito.
89. Roberto Lisart Estere.
90. Conchita Sánchez.
91. Lourdes March.
92. Enrique Ramírez.
93. Lita Santibella.
94. Juan Benavisa Calatist.
95. Fernando Guillot.
96. Salvadora Tranzo, de Valencía.
97. José Espinos Navarro.
98. Antonio Lara Quiroga.
99. Juan Warren.
100. Federico Pedraza.
101. Amparín Domínez.
102. Alonso Martínez.
103. Paquito Gil.
104. Constanbino Gargallo.
105. Ramón Pastor.
106. Emilio Julia.
107. Anita Martínez.
108. Ascunción Cabrera.
109. Antonia Sánchez.
110. Ricardo Ballach.
111. Ricardo Ruiz.
112. Gemán.
113. Pinta Marro.
114. Mariña Hernández.
115. Enrique Sney.
116. Conchita García.
117. Cayetano Martín.
118. Rosarín López.
119. Amparín Navarro.
120. María Victoria Bello.
121. José Luis Sánchez.
122. Amparín Castro.
123. Pepita Navarro.
124. Julio Tebar.
125. Tomás Mateo.
126. Pilar Herrero.
127. Conchita Rubio.
128. Angelita Romero.
129. Aurora Millán.
130. Yajme Vila.
131. Avaro Teju Sifler, de Benimamet.
132. Juan J. Campos.
133. Emilio González.
134. Rosa Simó.
135. María Piedad Iranzo.
136. María Encarna Castro.
137. Francisco Soler.
138. Manuel Pérez.
139. José Vicente Martínez.
140. Vicente Bonet.
141. María Teresa Bonet.
142. Manuel Martí.
143. El Rey de Inglaterra, 75 francos.
144. Enrique Jordi.
145. Frosario Cobo.
146. María del Carmen Cobo.

Todos ellos deberán enviar a esta Redacción... EL PEQUE